


HÉROES DE PAGALUNGAN

MIREIA GIMÉNEZ HIGÓN

HÉROES DE PAGALUNGAN



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: mayo de 2026

© Mireia Giménez Higón, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6467-5

Impreso por Gómez Aparicio, S.L.

Depósito legal: B 6991-2026

Impreso en España

A Jonatan, Arturo y Alexia

SUMARIO

Prólogo	11
Luis Ibáñez I.	15
Alejandra Osorio I	25
Méndez Núñez I.	39
Mateo I.	49
Eduardo Vargas I	65
Luis Ibáñez II	77
Eduardo Vargas II.	85
Méndez Núñez II	101
Mateo II	111
Luis Ibáñez III.	121
Alejandra Osorio II	131
Mateo III.	143
Eduardo Vargas III	153
Luis Ibáñez IV	165
Méndez Núñez III.	175
Alejandra Osorio III.	183
Méndez Núñez IV.	193
Luis Ibáñez V	203
Eduardo Vargas IV	213
Alejandra Osorio IV.	223
Méndez Núñez V	233
Eduardo Vargas V	241

Alejandra Osorio V	251
Méndez Núñez VI	261
Luis Ibáñez VI	269
Méndez Núñez VII	277
Eduardo Vargas VI	287
Epílogo	295
Nota de la autora	299
Agradecimientos	307

PRÓLOGO

Pagalungan (Filipinas)
17 de noviembre de 1861

–No te dejaré caer.

–Eduardo, alférez de la *Constancia*, sostenía medio en volandas a su compañero, el también alférez Arturo Osorio, ambos hundidos en el fango que rodeaba aquella fortaleza de buitres hambrientos, de piratas joloanos que bramaban como los animales salvajes que eran.

Miró hacia delante para observar la altura de la muralla que resguardaba a los piratas, esos saqueadores que atacaban, armados hasta los dientes, a todas las embarcaciones que cruzaban unas aguas que consideraban suyas. Se lanzaban sobre aquellos desprotegidos, cuya única opción era entregar dinero, oro y joyas al carecer de cualquier medio de defensa.

Alrededor, soldados y marineros trataban de avanzar aun cuando sus botas quedaban enterradas en el barro. El fuego enemigo hostigaba sin descanso.

–Señor, déjeme ayudarlo. –Un hombre de ojos oscuros y piel morena se ofrecía a los oficiales. Su rostro se presentaba oculto a razón del terreno en el que les había tocado luchar–. Soy Mateo, oficial, el ayudante de cocina. He sido en-

viado para rescatar a los heridos y llevarlos de vuelta a las goletas.

Eduardo asintió y entregó a su compañero al hombre sin rostro, que pronto arrastró al joven oficial en dirección a las aguas donde los barcos aguardaban. Los cañoneros seguían enviando bolaños hacia el fuerte, apoyando a los hombres que avanzaban a pie. Se limpió el rostro con el dorso de la mano, respiró hondo y siguió avanzando.

—¡Oficial!

Eduardo viró hacia el lugar del que provenía la voz. El comandante jefe de la fuerza en tierra trataba de hacerse entender entre los gritos de los españoles, el fuego y la pólvora.

—Hay que posicionar las piezas de artillería. Encárguese.

Eduardo hizo un gesto de aprobación mientras se dirigía a obedecer la orden cuando un proyectil alcanzó al oficial. Fue éste motivo de bufa y escarnio para toda aquella turba del Caribe. El alférez corrió hasta alcanzar al comandante caído. El proyectil le había atravesado el costado por completo provocando una importante hemorragia.

—¡Cocinero! —Eduardo gritaba e intentaba que su voz se alzara por encima de los aullidos de los piratas y el fuego—. ¡Cocinero!

Mateo acudió ante el alférez, quien no tuvo más que dar una señal para que el cocinero portara al oficial hacia los botes que estaban evacuando a los heridos.

En aquel momento en el que la muerte se hacía presente, Eduardo sólo pudo sentir que la ira concentrada en él se convertía en una fortuna insensible y bien orientada. Las tropas españolas habían alcanzado mayor terreno que en la jornada anterior y debían aprovechar la ventaja. Esos salvajes aullarían, pero pronto arderían en las llamas del mismo infierno.

El capitán de fragata Méndez Núñez observaba desde su posición en tierra el absoluto desastre provocado por una

rápida respuesta que no había hecho más que sumar bajas en su ejército. A pesar de contar con una supremacía naval, los joloanos resistían cual jabatos. Las tropas españolas no conseguían avanzar y quedaban prácticamente inmovilizadas debido al terreno cenagoso.

Desde una prudente distancia, contemplaba con el orgullo herido cómo caían sus oficiales, baluartes de las tropas cuyo ánimo se hundía con cada baja amiga. Los cañoneros seguían ofreciendo la ofensiva esperada con un fuego acompasado y bien coordinado.

–¡Mande retirada, capitán!

Aquel coronel de expresión severa avanzaba decidido hasta la posición en la que Méndez se encontraba.

–¡Méndez, mande retirada! –repitió.

–Lo siento, mi coronel –dijo éste sin apartar la mirada del campo de batalla–. ¡La Marina no se retira!

LUIS IBÁÑEZ I

Surigao (Filipinas)

2 de junio de 1857

–Si Dios quiere, partiré en breve hacia Manila. –Don Luis Ibáñez, teniente coronel de infantería, conversaba con el gobernador de las colonias.

–Entiendo que su mujer e hijas se encuentran ya en nuestra querida España –comentó Fernando. Se acercó a un delicado mueble situado bajo una de esas ventanas que daban a la mar. Sobre éste, una bandeja de plata protegía la madera de las botellas de licor y ron. El gobernador sirvió dos vasos con ron añejo y le tendió uno al teniente coronel–. Debo reconocer, Ibáñez, que me entristece que regrese a la península. Tan sólo hemos coincidido unos meses en este nido de piratas que, estará de acuerdo conmigo, también es el mismísimo paraíso. Por mi parte, ya lo considero un gran amigo.

–Encontrará esta amistad en quien me sustituye, gobernador. Por suerte, somos pocos los españoles de bien que aceptamos recorrer medio mundo para establecernos en las Filipinas y luchar por ellas.

–¿Tiene ya todos los asuntos en orden?

–Sí, gobernador. Tan sólo restan papeleos que no tardaré más que una jornada en firmar y sellar. Lo poco que

aquí me queda ya está preparado para su carga y no hay nada que me ate a estas islas más allá del tiempo que en ellas he vivido junto a mi familia.

–Insisto, querido amigo, que debería esperar a que alguna goleta realice un traslado logístico para viajar hasta Manila y allí aguardar a que otra gran nave viaje a España.

–Entiendo su preocupación, señor, pero son muchos los años que llevo aquí y no veo el día en que marcharme a casa sea una realidad. –Bebió un poco más de aquel licor dulzón que le traía el recuerdo de su tierra natal–. Ya he mantenido conversación con un buen hombre que tiene en propiedad una banca que me llevará hasta Manila en no más de una jornada.

–Ándese con cuidado, en este lugar todos son piratas. Da igual la embarcación que lleven.

–No quisiera yo ser portador de palabras que no son en favor de su parecer, pero los años vividos en este lugar me dotan de razón al decirle que sea prudente y no mire a todos los hombres de estas tierras como si de piratas se tratara. Hay gente buena y la necesitará.

–Dios quiera que lleve usted razón y no yo, Ibáñez. –El gobernador alzó el vaso y el teniente coronel lo acompañó. Ambos bebieron.

* * *

Cargados todos los bultos en la pequeña embarcación, don Luis Ibáñez daba órdenes a los tres criados que había demandado en Cebú para que prepararan ya la partida. Todo estaba listo para llegar a Manila antes de que el sol se escondiera en el horizonte y debían partir a la mayor brevedad posible, sin demora. La preocupación se reflejaba en el rostro del noble español, aun cuando ultimaba las tareas para hacerse a la mar.

Las aguas amanecían tranquilas, tan cristalinas que el fondo no era un secreto para los marineros. Los peces de colores, siempre organizados y en grupos, nadaban juntos siguiendo una misma dirección, protegiéndose entre ellos simulando un animal mayor. Un submundo amparado por una lámina de cristal que, en aquel momento, dejaba atrás el peligro de las aguas más profundas, el temor a lo desconocido en el vasto océano y la amenaza de un mar enfurecido por el tiempo.

Ibáñez sacudía una mano frente a su rostro para espantar el enjambre de mosquitos concentrados en la playa que parecían activarse a esas horas de la madrugada. Observó al dueño de la banca; trabajaba con precisión y rapidez, y eso le gustaba. Señalaba que aquel hombre era diestro en sus quehaceres y sumaba seguridad al imprudente viaje que estaba a punto de comenzar.

–Está todo preparado –dijo el dueño de la embarcación–. Usted paga.

El militar sonrió, mitad por la desconfianza tan arraigada en las gentes del lugar y mitad porque pronto quedaría atrás todo ese mundo tan lejano, tan diferente del que le esperaba.

–Sí, yo pago.

Metió la mano en el bolsillo de la casaca y sacó un par de monedas.

–Un adelanto –dijo despacio para que le entendiera–. El resto lo tendrás cuando llegue sano y salvo a Manila. ¿Entiendes? –Esperó a que el hombre contestara–. Ma-ni-la –repetió.

El dueño de la banca cogió el dinero y masculló algo en su idioma natal. Ibáñez sabía que aquéllos no eran términos que debiera escuchar una dama, pero le importaba bien poco siempre y cuando cumpliera con su palabra. Miró al cielo. Estaba despejado, ni una sola nube amenazaba el buen

tiempo. Sólo quedaba encomendarse a Dios y rezar porque nada más pasara hasta arribar a buen puerto.

Se encontraban ya dispuestos a zarpar cuando un antiguo militar español que había hecho negocio en las islas se apresuraba para dar aviso al teniente coronel. Al parecer, se habían avistado algunas naves de piratas más allá de su zona habitual y debían tener cuidado. El propósito de llegar a Manila en una única jornada se complicaba.

–Si me permite un consejo, señor, yo de usted evitaría el sur de las islas y echaría amarre en la ciudad de Maasin, en la isla de Leite –decía el español con buena voluntad–. Haga noche y cambie de embarcación.

–Qué más quisiera, pero no he encontrado nave mejor que la que hoy me lleva –respondió el militar.

Así quedaron las cosas, aunque no cayó en saco roto la advertencia de echar amarre en Leite. Según sopesaba el oficial, era mejor hacer pequeñas escalas y asegurar el viaje que realizar una larga travesía y ser descubiertos por los piratas que infestaban aquellas peligrosas aguas. La prudencia era la clave para llegar sanos y a salvo a destino. Por ello decidió seguir la costa, aprovechando las ensenadas y calas escondidas para reabastecerse y evitar encuentros indeseados.

No tardaron más que unas horas en arribar a puerto. Dos criados y el patrón quedaron salvaguardando tanto la embarcación como los bienes que en ella permanecían.

–Juan y yo iremos en busca de hospedaje –dijo el teniente coronel.

Callejearon por pasajes y callejones que parecían ya desiertos a causa del calor que abrasaba sin piedad. Ni una sola brizna de aire soplaba por aquellos lares y el agua fresca era un bien tan preciado que pocos eran poseedores de ella.

–¿Me engañan mis ojos o aquello es un hostel?

–Eso parece, señor.

Los dos hombres avivaron el paso, sus rostros radiantes de júbilo al verse al fin abrazados bajo un cobijo alejado del fango. Los mosquitos y el olor a salitre, que aún estaban presentes, se habían disipado en parte. La alegría se intensificó al descubrir un hostel regentado por españoles que les hicieron sentir, por un instante, el dulce engaño de hallarse en la lejana España.

–Manuel López para servirle, buen hombre.

–Soy el teniente coronel de infantería don Luis Ibáñez y García...

–Bienvenido sea –dijo Manuel antes de que el oficial terminara–. No obstante, señor, suficiente es ya su uniforme para acaparar la atención de cuanto isleño se tope con usted como para que alardee de rango y posición. –El hostelero se apoyó en el mostrador e hizo ademán de invitar a sus clientes a que hicieran lo mismo–. Es mejor pasar lo más inadvertido posible. Esta gente está cansada de ver uniformes del ejército español, pero pocas veces saben diferenciar un cabo de un teniente salvo que el susodicho lo anuncie a los cuatro vientos, ¿sabe usted?

–Entendido –contestó Ibáñez, recobrando la compostura y actuando en esta ocasión como si de un soldado se tratara–. Seremos cinco. ¿Tiene suficientes catres?

–Tengo dos habitaciones libres.

–Son más que suficientes.

El oficial se dispuso a dar las señas necesarias para alquilar las habitaciones durante una noche.

–Juan, vaya a avisar al resto y traigan consigo todos los bultos embarcados. No quiero que quede ni uno en la banca.

El criado asintió y se marchó de inmediato a cumplir con las órdenes recibidas.

–¿Cenarán? –preguntó Manuel.

–Sí, prefiero calentar el estómago hoy que la comida es segura a esperar la suerte del mañana.

–Hace bien.

El hostelero le hizo entrega de dos llaves que pesaban como tres quintales y que tenían amarrado a ellas un trozo de madera con el número de habitación.

–Aquí las tiene. Por cierto, oficial, las que tienen número par son las más amplias y dan al interior.

* * *

Fuera, la noche había sido extraordinariamente reparadora, como si el calor estuviera ofreciendo una tregua y los insectos hubieran desaparecido tras el misterio nocturno. Ibáñez, que había dormido solo en una de las habitaciones, había sido el custodio de cuantos bultos habían cargado en la embarcación. Se levantó al alba sintiéndose verdaderamente ilusionado porque pronto abandonaría aquel lugar. Regresaría a la península y sentiría de nuevo el calor del hogar, olería el perfume de su esposa y saborearía el dulce néctar de la pasión en un lecho cálido y seguro.

Se acercó al aguamanil en un rincón de la habitación y se aseó cuanto pudo con la escasa agua limpia que le habían dejado en el recipiente. Se miró en el pequeño espejo y se ajustó el cabello con las manos. Inspiró profundamente antes de ponerse el impecable uniforme, asegurándose de que cada detalle estuviera en su lugar, desde los botones bien abrochados hasta los zapatos pulidos, pese a que de poco le serviría por aquellas calles de tierra.

Revisó una vez más sus pertenencias, cerciorándose de que todos sus enseres se encontraran en la estancia. Con paso seguro, salió de la habitación en busca de sus peculiares compañeros de viaje.

–¿Dónde está el patrón? –preguntó al entrar en la otra habitación.

–Decidió dormir en el puerto. No sé si dentro o fuera de la banca –respondió Juan.

–Tendría miedo por si le roban su sustento –dijo el más joven.

–No le faltan razones. Ve y comprueba que no se ha marchado –ordenó el oficial–. Quiero buscar otra embarcación, aunque más nos vale que aseguremos ésta. –El joven asintió y se marchó de inmediato, dejando a Ibáñez y a sus compañeros en el hostel–. Vosotros quedaos por aquí y cuidaos de los joloanos, que algunos son peores que los piratas. Iré a hablar con el posadero, a ver si la suerte nos acompaña y hay embarcación que nos transporte hasta Manila.

Ibáñez fue directo a la recepción, donde se encontraba Manuel charlando animadamente con otro español.

–Buenos días tengan, señores –saludó.

–Y que le sean de vuelta, oficial –respondió Manuel con una amplia sonrisa. A Ibáñez le resultaba curioso como algunos españoles habían conseguido adaptarse a aquel lugar y sonreían felices cuando él sólo quería regresar al hogar–. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Ha dormido bien?

–Debo confesar que ha sido una noche la mar de reparadora, don Manuel.

–Déjese de don, aquí pierde su significado y sólo sirve para marcar las puertas de los que pueden ser saqueados.

–Bueno es saberlo, gracias. –Se acercó aún más a los españoles–. Necesitaría su ayuda, si fuera posible.

–Usted dirá.

–Necesito una embarcación que nos lleve a mí y a mis criados hasta Manila con cierta seguridad.

–Siento decirle que es difícil satisfacer tal petición –intervino el otro español–. Mi nombre es José Costas. Fui cabo en su compañía cuando arribó a las islas.

–¿Por qué no regresó a España con las goletas?

–Supongo que en la península nadie me espera y aquí, quizá, el futuro sea esperanzador para un hombre sin oficio como el que tiene usted delante.

–Siento escuchar eso, muchacho.

–En absoluto, mi teniente coronel. Tengo esperanzas, pero, como le decía, no encontrará embarcaciones que le lleven hasta Manila hasta pasados dos o tres días. Trabajo en los traslados y sólo viajan una vez por semana –lo informé–. No obstante, sí puedo ayudarle a tomar el rumbo adecuado para no toparse con los piratas, que parecen multiplicarse en los últimos tiempos.

–Sería de agradecer, cabo.

–Es sencillo. Deben ustedes costear toda la tierra de Leite hasta llegar a la punta de Hilongos –comenzó a ilustrar el joven–. Una vez allí, pueden cortar en diagonal hasta llegar a Cebú o dirigirse al canal del Vaciado, en la isla de Lapinich, para hacer, quizá, la travesía más corta.

–Muchas gracias, cabo. Así se lo haré saber al patrón de la embarcación. Espero que sea de la misma opinión que usted.

–Mi teniente coronel –dijo con el tono de voz más bajo y acercándose al oficial–, sea como fuere, tenga mucho cuidado de no acercarse a la isla de Timubo, es allí donde se ubica el fondeadero de los piratas.

–Está bien. –Ibáñez se dirigió entonces a Manuel, que permanecía en su puesto traspasando papeles de un lugar a otro, sellando unos y archivando otros–. A usted también le debo un agradecimiento por tan buen hospedaje.

–Tenga buen viaje, oficial.

Llegaba en aquel momento el joven criado, que confirmó que la banca y el patrón seguían en su sitio. Cargaron de nuevo los bultos y regresaron al puerto acompañados del oficial para retomar la travesía hasta Manila. Pero cuál fue la sorpresa cuando vieron al patrón tirado de cualquier modo

sobre la banca, borracho como una cuba y sin intención alguna de hacerse a la mar con la dichosa embarcación. Ni tres cubos de agua de mar tirados sobre él consiguieron despejar semejante embriaguez.

Si en la jornada anterior la mañana despertaba sin augurio alguno que abocara al fracaso, en este día sucedía todo lo contrario. La suerte parecía decidida a ser desfavorable.

El patrón, con quien se contaba para salir de aquel laberinto de islas e islotes aprovechando la débil oscuridad del amanecer y evitar así ser vistos desde Timubo, permanecía completamente dormido. como buen indígena. La madrugada dio paso a un día soleado que dificultaría sin duda la travesía. Allí estaban los cinco, anclados en Maasin hasta que el buen patrón decidiera despertar.

—¡Vamos! —gritó Ibáñez al ver parpadear al nativo—. Llevamos horas de desventaja. Dios quiera que no nos encuentren esos piratas.

El patrón, que no entendía nada, o entendía lo que quería, asintió riéndose. Estaba aún perjudicado por los licores de la noche y, sin embargo, comenzó a moverse por la embarcación como si nada hubiera pasado, poniendo a punto la banca para zarpar en cuanto le fuera ordenado.

Embarcaron los españoles y, ya acomodados, mandaron al patrón soltar amarras. Dirigieron la ruta hacia el sur de Lapinic.

Era ya mediodía cuando avistaron dos potentes falúas de guerra que se posicionaban para atacar a una pequeña embarcación que les hacía frente. Ésta se arriesgaba inútilmente abriendo fuego contra las falúas, que pronto respondieron y arremetieron contra ella. Se escucharon a lo lejos dos estallidos. La modesta tripulación a bordo de la banca quedaba, en cierto modo, complacida por la actuación que acababan de presenciar. Seguramente, los piratas habrían quedado adver-

tidos de la presencia de fuerzas militares españolas en la zona y cesarían sus asaltos para oportunidades más favorables.

–Señor, veo dos bancas cerrando el paso –advirtió Juan.

–Pescadores –dijo el patrón sin demasiada seguridad.

–Mantengamos la calma.

El oficial buscó cualquier objeto que pudiera ser usado como arma en un momento dado, pero fue en vano.

–Creo que será mejor que dé media vuelta, amigo.

Se encontraban a pocos metros de las embarcaciones avistadas, que permanecían inmóviles.

–Pescadores –repitió el patrón–. Velas blancas –dijo señalando los barcos.

–Es posible que tenga razón, señor. Sus velas son en todo iguales a las que usan los pescadores en las bisayas –comentó Juan, quien pretendía calmar su propio temor más que el de sus compañeros.

Hallábase a pocos pasos de alcanzar las proximidades de las bancas cuando, en un movimiento súbito y alevoso, los tripulantes de aquellas embarcaciones colocaron sobre las muras dos tablones de madera a guisa de parapetos, tras los cuales asomaron bocas de fusil humeantes. Abrieron fuego sobre los desdichados españoles. Los proyectiles alcanzaron de lleno al patrón y a Juan. Ambos, heridos de gravedad, cayeron pesadamente sobre el entablado de la embarcación. El plomo enemigo seguía silbando sin tregua sobre las aguas.

–¿Qué hacemos, señor? –preguntó el más joven de los criados.

–Entregarnos –replicó el oficial al percatarse de que carecían de armas y de otros elementos de resistencia ante los piratas.

ALEJANDRA OSORIO I

Toledo (España)

24 de diciembre de 1858

Las fiestas de Navidad infundían un soplo de vida y animación en los círculos elegantes de la ciudad de Toledo. Por doquier resonaban susurros y cuchicheos acerca de opíparas comidas y saraos que prometían ser el deleite de la sociedad toledana. La ciudad, con su manto de niebla y blanca nieve, se envolvía en un ambiente de ensueño y magia, propicio a los regocijos y las celebraciones. En casa de los Osorio, señorial y vetusta, se disponían a abrir sus salones para ofrecer, en aquellas festividades señaladas, uno de esos suntuosos bailes que eran la delicia de la ciudad. A la invitación, generosa y amplia, habían acudido todos los prohombres de Toledo, acompañados por sus esposas e hijos, y hasta los más tiernos infantes habían sido agraciados con una invitación, merced a la magnanimidad de la señora de la casa, que deseaba colmar de alegría su hogar.

La residencia de los Osorio, engalanada con flores de estación y ricos pasteles dispuestos con arte en las estancias destinadas a las tertulias, resplandecía con un fulgor especial. La señora Osorio, viuda desde temprana edad, sonreía al ver repleto su hogar de amigos y familiares que hacían de su soledad una anécdota imperecedera, aunque recordaba

a su esposo cada noche cuando acariciaba la almohada en la que él reposaría mirándola con dulzura. La música de la pequeña orquesta, que llegaba amortiguada desde el salón, parecía entonces un eco lejano y triste que la transportaba a otros tiempos, a otras navidades en que la vida sonreía con promesas de amor eterno y felicidad.

—Madre —la reclamó su hijo mayor, Rodrigo. Era un joven apuesto que había heredado el papel de cabeza de familia cuando tan sólo era un niño, o, al menos, así lo percibía la señora Osorio—. Han llegado el teniente coronel Vargas y sus hijos.

—Muchas gracias, hijo —sonrió—. No es necesario que recibas a más invitados.

—No es molestia, madre.

—Disfruta, hijo mío. Ve con tus compañeros y amigos. Quizás alguna joven en el baile despierte tu interés.

—No hay suficiente bebida para que la razón se olvide de mí y una joven ocupe su lugar.

—Anda, ve. Busca a tus hermanos, sobre todo a Alejandra. Esa muchacha es capaz de esconderse en las cocinas con tal de leer sus libros y ocultarse del mundo.

Rodrigo asintió y pensó que, aunque encontrara a su hermana en las cocinas leyendo, allí la dejaría. La conocía demasiado bien para saber que la multitud era algo de lo que huía constantemente; sólo su querida amiga María Teresa era capaz de sacarla de casa.

No tuvo que buscar demasiado. Alejandra estaba en sus habitaciones. En concreto, sentada frente a su escritorio en aquel vestidor convertido en despacho, un refugio para sus lecturas y escritos.

—¿Qué haces aquí, Alejandra? —preguntó Rodrigo.

—¿Sabes? Aunque seas el mayor y madre diga que ninguna puerta se mantendrá cerrada salvo en la noche, no pue-

des entrar aquí sin avisar primero –contestó la joven, sin apartar la vista del libro que tenía abierto sobre la mesa.

–Créeme, hermana, no hay nada en tu anatomía que no sepa ya cómo es –sonrió Rodrigo, apoyándose en el marco de la puerta.

–¡Qué desagradable!

–Las mujeres sois todas iguales, quizá cambie en algo el volumen de los pechos, pero...

–¡Por Dios, Rodrigo! –Alejandra tapó sus orejas con las manos y se giró para enfrentarlo y lanzarle una de esas miradas que le arrebatrían la lengua si pudieran.

Rodrigo no pudo evitar reír a carcajadas, le sorprendía lo puritanas que eran las jóvenes en comparación con la educación de los hombres.

–Por fin os encuentro.

–Vaya, el que faltaba –bufó Alejandra al ver entrar a su otro hermano en la habitación–. ¿Acaso entro yo en vuestras dependencias a molestar?

–¿Qué le pasa? –preguntó Arturo, sin comprender por qué recibía aquella reprimenda. Rodrigo se encogió de hombros como respuesta–. Da igual, sólo venía para informaros de que madre ha mandado que bajemos todos al salón de baile. Tú incluida, Alejandra.

–Un par de páginas más y bajo.

–Tú verás.

Rodrigo y Arturo se marcharon al salón de baile tal y como había mandado la señora Osorio. Alejandra, sin embargo, leyó un capítulo más y sólo bajó cuando su doncella le dio aviso del ultimátum que su madre había arrojado sobre ella.

* * *

–Señor Vargas, ¡qué alegría verle de nuevo! –exclamó la señora Osorio al ver al teniente coronel en la entrada charlando con un compañero de armas.

–Es un honor que nos haya invitado, querida amiga –respondió el oficial con una sonrisa cortés–. Está usted muy hermosa esta noche.

–¡Qué adulador! –sonrió–. Se agradece el cumplido, aunque ya no lo necesite. ¿Dónde están sus hijos, por cierto? –preguntó, mirando alrededor.

–María Teresa habrá ido en busca de Alejandra, de eso no tengo la menor duda. Sin embargo, de Eduardo no sé nada.... Sólo albergo la esperanza de que se mantenga alejado de las jovencitas que hoy se den cita en su celebración.

–¡Oh, déjelo! Es un joven apuesto, como lo fue su padre, y debe encontrar una muchacha que lo lleve por el buen camino. –La señora Osorio posó su mano en el antebrazo del oficial–. Pronto se marcharán a esas islas del demonio. Démosles una razón para regresar.

Vargas asintió levemente dándole la razón. A veces olvidaba que su hijo, oficial de la Marina, embarcaría en dos meses y no regresaría hasta que Dios así lo estimase. Vio a la señora Osorio dirigirse hacia el interior y perderse entre la multitud justo por el mismo lugar en el que aparecía su hija.

–Padre, me siento en la obligación de pedirle que me acompañe en el siguiente baile. Sí, lo sé –comentó la joven antes de que su padre dijera una palabra–. Son los hombres los que deben pedir un baile a las damas. Sin embargo, le diré que esta dama sólo quiere que un hombre la saque a bailar, y ese hombre parece que no sabe de mi existencia.

–¡Eso es absurdo!

–Quizá si usted y Eduardo bailasen conmigo...

–Ese hombre estúpido se fijaría en ti.

–¡Exacto! –exclamó, agarrando a su padre por la manga de la casaca y obligándolo a seguir sus pasos.

Alejandra vio pasar a padre e hija frente a ella. Quiso advertir a su querida amiga de que estaba justo ahí frente a ella, pero María Teresa estaba tan decidida a bailar que ni siquiera la vio.

–Señorita Osorio, ¿me permite este baile? –Rodrigo se mantenía erguido frente a su hermana con una mano en la espalda y otra en ofrenda, a la espera de que Alejandra la aceptara.

–¡Qué remedio! –suspiró.

–Alejandra, deberías disfrutar más de estas veladas –comentaba Rodrigo al tiempo que comenzaba a sonar la música, interpretada por un cuarteto de cuerda.

Las parejas dispuestas en el salón de baile se saludaron debidamente antes de unir sus manos para danzar al son de la música, siguiendo el paso marcado por el protocolo. Era no sólo un momento de diversión y entretenimiento, sino también la situación ideal para entablar conversación con quienes, de manera habitual, no solían hacerlo. Así se descubrían las nuevas parejas y las amistades, y, en ocasiones, saltaban los rumores de algún que otro escándalo en la alta sociedad.

Se interpretaron dos piezas con sus debidos cambios de pareja, y el joven Vargas solicitó un baile a la benjamina de los Osorio. Alejandra se convertía así en objeto de todas las miradas de las señoritas que pretendían al más apuesto de los invitados. Sin embargo, ella ni siquiera era consciente.

–¿Está disfrutando de la fiesta, señorita Osorio? –preguntó sonriendo Eduardo, a sabiendas de que la respuesta sería una rotunda negación.

–¿Ahora ya no soy Alejandra?

–Bueno, usted es la hermana pequeña de mi mejor amigo y además ya no sois una niña.

–No, desde luego que ya no lo soy –resoplaba la joven mientras intentaba mantener el paso del tercer baile.

–No es malo crecer, Alejandra –dijo Eduardo. Ella lo miró, sintiendo por primera vez que la enervaba que la tratase como si fuera una muñeca de porcelana–. Pronto será la prometida de algún afortunado que pida su mano y creará su propia familia. –El rostro de Alejandra no mostraba el entusiasmo que cualquier otra joven hubiera manifestado–. Y sus normas.

–Ésa sí sería una buena razón para convertirme en una joven casadera –sonrió sin demasiado ánimo.

–Y dígame, ¿qué gran historia está ocupando su tiempo últimamente?

–¡Oh! Verá, se trata de una obra fantástica de un escritor francés –comenzó a contar con ilusión. Eduardo sonrió al verla emocionada con su historia–. Trata de una lucha de poder y un amor inalcanzable. Una joven valiente y dispuesta, un apuesto oficial, un archidiácono un tanto peculiar y un pobre deforme con quien me siento francamente reflejada.

–¿Con un deforme? –preguntó sorprendido.

–Sí, exactamente. No por su desgracia física, sino por la incomprensión de cuanto siente y padece. Si bien es cierto que no llevo más que unas páginas leídas, siento que, al igual que yo, necesita alguien que entienda cómo es, con quien hablar de sus más oscuros secretos, el amor de un padre que ya no está...

–¿Tiene oscuros secretos?

–¿Es ése el único concepto que ha llamado su atención de cuanto le he comentado? –Eduardo asintió–. A veces olvido quién es su mejor amigo. ¡Oh! La música ha cesado